

Capítulo 515 Todos los Dioses Van al Cielo

Para la mayoría de quienes lo conocían, Belloc era visto como una persona relativamente tranquila y despreocupada.

No levantaba la voz a menos que estuviera jugando un juego o en un concierto, y la mayor parte del tiempo nada parecía molestarlo.

Las únicas cosas que realmente parecían enojarlo eran las que pertenecían al panteón nórdico.

Era comprensible después de todo, ya que ellos eran los responsables de su encarcelamiento en el inframundo nórdico.

Pasó todo su tiempo en su pequeña cueva de cadáveres, al lado de Hel, o royendo las raíces de Yggdrasil; tratando de entrar en el mundo mortal.

Fue una existencia tortuosa para él, como una criatura que estaba destinada a acabar con el mundo.

No pasaba un día sin que estuviera agradecido con sus padres por venir a salvarlo.

Pero ahora, lo que sentía era casi exactamente lo opuesto a la gratitud.

Era un odio puro y sin paliativos.

Belloc se arrancó la piel y permitió que su cuerpo volviera a su verdadero estado.

Un monstruoso dragón gris mortal, con un esbelto cuerpo serpentino, y filas de espinas increíblemente afiladas, donde deberían haber estado las alas.

Sus ojos eran de un rojo llameante, mientras volaba hacia la miríada de mujeres aladas como una bala a toda velocidad.

Con exactamente 95 metros de largo, algunos podrían decir que se parecía más a Abaddon en esta forma que en la otra.

Cuando las mujeres aladas vieron un dragón muy reconocible volando hacia ellas, comprensiblemente se sorprendieron por su nueva e intimidante figura.

"¡E-es Nidhogg!"

"¡El Amanecer lo ha fortalecido!"

—¡No os asustéis, hermanas! ¡De todas formas, se puede matar!





"¡Valquirias, a las armas!"

Las guerreras aladas sacaron sus brillantes espadas plateadas de sus costados, justo cuando Belloc finalmente alcanzó su posición en el cielo.

Un rugido estremecedor sacudió todo en el campo de batalla, por decenas de millas, mientras Belloc liberaba un aura mortal de todo su cuerpo.

Como las Valquirias no sabían de qué se trataba, su defensa llegó demasiado tarde.

Una vez impactadas por el aura, al principio no pareció suceder nada.

Sin embargo, una de las valquirias, Thrud, notó algo extraño.

Las puntas de sus alas ahora se estaban volviendo ligeramente grises y turbias, casi como si se estuvieran secando.

La infección se estaba extendiendo y ella ni siquiera quería pensar en lo que sucedería si llegaba completamente a su espalda o al resto de su cuerpo.

—Hermanas, ¡debemos terminar con esto rápidamente! ¡Despellejare a esta bestia y se la presentare al Padre Todopoderoso cuando resucite!

—¡Thrud, mantén la distancia! —ordenó Brunhild.

Pero ya era demasiado tarde.

La valquiria se abalanzó sobre Belloc como un meteoro plateado y ambos se encontraron en una colisión frontal, que hizo temblar el cielo.

Quizás debido a su ascendencia, Thrud era en realidad lo suficientemente fuerte como para poder seguir el ritmo del Dragón de la Muerte, al menos en términos de fuerza.

Los dos quedaron atrapados en un punto muerto en el aire, mientras la valquiria luchaba por empujar su espada más allá de las escamas increíblemente duras de Belloc.

Y mientras se enfrentaban de esta manera, Brunhild se dio cuenta de que Belloc estaba congelado en el lugar.

¡Esta era su oportunidad de atacar!

"¡Movéos ahora!"

Por orden de Brunhild, el resto de las valquirias, que estaban en espera, acudieron de repente para atacar a Belloc, antes de que se liberara.

Pero se perdieron el momento en el que el dragón esbozó una amplia y dentada sonrisa.



En el momento en que Brunhild y su hermana estuvieron a su alcance de ataque, el dragón hizo lo impensable.

De su cuerpo surgió una segunda cabeza.

Horrorizada, Brunhild intentó alejar al resto de sus hermanas, pero era demasiado tarde.

Belloc abrió su segunda boca lo más que pudo y liberó un torrente de llamas negras oscuras de sus fauces.

"¡¡¡ARDED!!!"

* * *

Mientras Belloc estaba lidiando con las Valquirias en el cielo, Thea y sus hermanas gemelas corrían hacia una Atenea muy iracunda.

A la diosa griega parecía resultarle altamente insultante que estas simples niñas la desafiaran en un combate abierto, como si no fuera una olímpica y, además, una diosa de la guerra.

¡Estaba especialmente enojada con esa chica humana!

No podía explicarlo exactamente, pero por alguna razón le recordaba a alguien que no le agradaba particularmente.

Sin embargo, no podía identificar exactamente quién era.

Pero a medida que los tres se acercaban cada vez más, decidió que en realidad no le importaba tanto, ya que de todos modos iba a estar muerta en unos momentos.

Cuando las tres hermanas se acercaron, Atenea tomó una lanza y un escudo en sus manos; las armas estándar para cualquier guerrero griego que se precie.

Thea se dio cuenta al instante de que Atenea no era alguien con quien se pudiera jugar.

Al igual que su padre y su madre cuando cogían un arma, la peligrosa sensación que desprendía la diosa le puso los pelos de punta.

Se escuchó un sonido fuerte, como el de un metal chocando, cuando Thea golpeó su espada contra el escudo de Atenea.

Dos cosas sorprendieron a la diosa griega en ese momento. Una fue la fuerza absurda de Thea, que hacía que incluso su brazo temblara.

Lo segundo por otro lado...



"¿No te atreves a sacar tu arma contra mí? ¿Crees que seré una montaña fácil de superar para ti?"

Thea mostró una sonrisa, que era casi tan cautivadora como la de su padre.

—Pero esto no tiene mucho que ver contigo. Mis madres hicieron esta espada pensando en su amor por mí, ¿entiendes? Así que cuando la uso en la batalla... las cosas se ponen un poco agitadas.

"¡Excusas!"

Atenea tiró el arma atada de Thea y clavó su lanza en su cabeza, abdomen y pierna izquierda, todo con una diferencia de nanosegundos entre sí.

Thea tuvo cuidado de evitar un ataque a su bonito rostro y tonificado estómago, pero sacrificó su pierna, con la esperanza de obtener una ventaja temporal.

Cuando la hoja de la lanza de plata de Atenea se clavó en el muslo de Thea, ella ignoró el dolor de tener su carne cortada y en su lugar manipuló su cuerpo.

Al aumentar la densidad y rigidez de sus propios músculos, Thea aprovechó su lesión para sujetar la punta de la lanza y mantenerla firmemente en su lugar para que Atenea no pudiera sacarla.

El pequeño retraso causado, al no poder retirar su arma, le dio a la joven Thea la apertura perfecta.

Reuniendo sus fuerzas, golpeó su espada larga en el costado de la cabeza de Atenea como si fuera un bate de béisbol.

Desafortunadamente, el futuro que ella esperaba, donde a Atenea le cortaban la cabeza, no sucedió.

Sus ojos giraron hacia atrás por un segundo, literalmente, antes de volver en sí.

Escupió una bocanada de sangre dorada y dientes blancos como un viejo camionero sureño.

"Me enfureces terriblemente... ¡tu debilidad sigue ofendiéndome..!"

Usando el borde de su escudo de bronce, Atenea golpeó a Thea con fuerza en el centro del esternón.

Como fue lo suficientemente meticulosa para mezclar energía divina en el golpe, ciertamente no hizo cosquillas y fue más que suficiente para enviar al Tathamet mayor patinando hacia atrás unos cuantos pies.

Una vez que tuvieron más espacio, las gemelas finalmente comenzaron a actuar.



Blandieron sus tridentes negros al unísono y se abalanzaron sobre la diosa, usando su propio estilo único.

Yemaja era feroz.

Atacó a Atenea con movimientos impredecibles, que contenían una fuerza titánica en cada golpe.

Finalmente, Atenea ya no usaba su escudo para bloquear, porque su brazo comenzaba a entumecerse y, en cambio, dependía únicamente de esquivar.

Si esto no fuera suficiente problema, la gemela sólo hizo las cosas más difíciles.

Cada vez que Atenea intentaba luchar contra la agresora Yemajá, Yemayá se deslizaba por las aberturas, como agua fluyendo, y la defendía de cualquier daño.

Fue exasperante.

Y ella se enfureció aún más cuando las gemelas comenzaron a burlarse de ella abiertamente.

Yemaja: "¡Se está poniendo nerviosa, hermana!"

Yemaya: "A pesar de toda la bravuconería de los olímpicos griegos acerca de estar por encima de la chusma, ¿es esto todo lo que tienen?"

Yemaja: "Aww, vamos, hermana, ¡no seas tan dura! Esta que tenemos frente a nosotras es particularmente especial ¿sabes?"

Yemaya: "¿Cómo es eso, hermana?"

Yemaja: "¡Ella es la única cosa en el Olimpo a la que su padre no se ha intentado follar!"

Finalmente, Atenea se enojó, porque no pudo seguir escuchando a las gemelas lanzarle insultos ni por un momento más.

Dejando escapar un terrible grito de guerra, su aura explotó visiblemente.

Su piel y su carne parecieron quemarse y fueron reemplazadas por una visión hecha de luz ardiente.

Todo su cuerpo era dorado y cegador a la vista, pero aún había ciertas hendiduras donde se podía ver su armadura, como su casco de centurión y su capa suelta.

—Bestias... ¡Os mataré yo misma y os arrojaré a los pies de mi padre!
¡Veremos si persistís en vuestras bromas cuando os inflija su tortura!





Con un movimiento de su lanza, Atenea aplastó a las diosas gemelas como si fueran moscas insignificantes.

Thea saltó al aire y atrapó a sus hermanas, antes de que pudieran tocar el suelo, y las puso a salvo.

-Thea, ¡estamos bien!

-¡Sí, vamos!

"¡¡Tenemos que demostrarle a esa perra que no es mejor que nosotras!!"

Como era de esperar, Thea no dejó ir a sus hermanas.

En lugar de eso, les dio besos en la frente y les alborotó el cabello, como si tuvieran cinco años.

"Lo siento, niñas, pero necesito que os quedéis quietas un rato. Como soy la hermana mayor, no puedo fingir que no escuché lo que acabo de oír".

Sin dejar lugar a dudas, Thea se aseguró de que sus hermanas no tuvieran heridas graves, antes de alejarse de ellas para enfrentarse a una divina Atenea.

La diosa de la guerra y la sabiduría era opresiva, dominante y sin duda el enemigo más fuerte con el que Thea se había topado.

La presión del viento creada, solo por su aura, era tan feroz que cortó la carne expuesta de Thea, pero a ella no parecía importarle en lo más mínimo.

En su mente, todo lo que podía oír eran las últimas burlas que Atenea había lanzado a sus hermanas antes de separarlas.

No había manera de que ella dejara pasar impune un comentario así.

En ese momento, Atenea finalmente vio a Thea comenzar a desenvainar su espada y sintió una inexplicable sensación de peligro.

Pero era difícil saber si provenía del arma o del brazalete brillante que rodeaba su muñeca.

'No me digas...'

